

EL MOTÍN

Año XL

Madrid, Sábado 14 de Agosto de 1920.

Número 32.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

PARA LOS OBREROS

AL INTRODUCIR MÁQUINAS EN LAS LABORES AGRÍCOLAS ¿NO DISMINUIRÁ EL TRABAJO DE LOS OBREROS DEL CAMPO HACIENDO MÁS AFLICTIVA SU SITUACIÓN?

Antes de contestar esta pregunta hay que definir lo que es el trabajo del campo, ver como funciona para plantear debidamente el problema y después resolverlo.

El trabajo del campo es de dos clases; uno que ejecutan los obreros de la localidad y es constante todo el año, otro que ejecutan obreros forasteros y se hace solo por temporada.

Al primero pertenecen las labores de siembra y cultivo y al segundo las de recolección y almacenaje.

Los que ejecutan el primero son los «esclavos» que antes he citado, mantenidos por el «amo» y con soldadas ridículas auxiliados de las bestias necesarias; los que se dedican al segundo son forasteros familiarizados ya con las organizaciones sociales y los que exigen jornales decorosos. Este año han cobrado hasta doce pesetas diarias y la comida, mientras que en el mismo sitio el obrero del país cobra ya 1'50.

Al labrador propietario le interesa mucho suprimir éstos últimos, á los que no puede someter el caciquismo local y no le preocupan los primeros porque están sometidos.

Así se explica que existiendo en España tantos miles de caballos eléctricos de fuerza no se apliquen al cultivo y en cambio ya se ven por todas partes trilladoras, aventadoras, segadoras y hasta cultivadoras americanas que según van segando, dejan en el suelo los sacos de trigo trillado y limpio.

Definido ya el trabajo del campo y la forma en que se ejecuta, vamos á contestar á la pregunta que encabeza este artículo (1).

Es evidente, continuando con el ejemplo del número anterior, que si para limpiar las 2.000 fanegas de trigo á mano se necesitaban 50 horas de trabajo, al ejecutar la limpia una máquina se suprimen estas 50 horas.

Los obreros de una granja, cortijo etcétera, no hacen solo una operación; cuando llevan el trigo á limpiar pueden hacer dos cosas; esperar que termine la máquina para llevarse el grano, en cuyo caso poco es lo que pierden y en cambio han «descansado» el tiempo que debían estar limpiando; también pueden trabajar en otras faenas mientras la máquina limpia y en este caso debemos considerar otros dos; que las faenas hechas sean de las que antes hacían, en cuyo caso perderán las 50 horas, ó en otras que no hubieran ejecutado, con lo que nada hubieran perdido.

No debe olvidarse que la tendencia general del hombre es procurarse la mayor cantidad de comodidades con el menor trabajo posible y esta tendencia le llevará, una vez satisfecho su deseo de limpiar el trigo á limpiar los demás granos y resultará al final que las 50 horas ahorradas de una labor se aplicó á otra con lo que el trabajo nada pierde.

Extrememos aun más el ejemplo y supongamos que se utilizan toda clase de máquinas para la recolección. Los obreros forasteros habrán disminuido ese tiempo de ganar jornal, pero los de la localidad no habrán notado la disminución. Cuando en todos los pueblos se hayan empleado máquinas los obreros habrán aplicado sus actividades á otra cosa, porque el aumento de producción conducirá á los que se beneficien de ella á un aumento proporcional de otras cosas de que antes carecían.

En resumen, la cantidad de trabajo total de la nación será la misma (puesto que el número de los trabajadores es el mismo y en las mismas horas) pero habrá cambiado de aplicación, la parte mecánica del trabajo será para las máquinas, la parte intelectual seguirá siendo exclusiva de los trabajadores.

No será más precaria la situación del trabajador pero tampoco se habrá beneficiado en nada de estos adelantos, cuyas ventajas, mientras subsista el régimen de propiedad privada de la tierra irán á parar siempre á manos del terrateniente.

Esto justifica aun más nuestra proposición. Si el Ayuntamiento es dueño de toda la maquinaria y cobra por su uso, tendrá un aumento de ingresos que destinará á mejoras municipales, que son al mismo tiempo jornales para los trabajadores.

No teman estos la competencia de la máquina, que si en una organización social de privilegio y propiedad privada de la tierra no obtienen las ventajas que deberían, la iniciación del sistema comunista en

los elementos de trabajo demostrará sus ventajas y evolucionará la producción hasta hacer comunal, bien por un impuesto sobre el valor del suelo, bien por la propiedad municipal del mismo, la fuente y manantial inagotable de riqueza que es la TIERRA.

* * *

FINAL.—CICLO DE LA SOLUCION

Finalidad.—Socializar la producción y sus medios auxiliares dentro del mayor orden

1.º Los trabajadores de todas clases entregan el importe de una hora de trabajo al día al TESORO SOCIAL.

2.º El TESORO SOCIAL entrega RECIBOS DE APORTACION por las cantidades recibidas.

3.º Los que tengan aptitudes, constituyen una sociedad anónima por acciones para establecer talleres, almacenes, fábricas constructoras etc. y emiten las acciones.

4.º Quienes lo deseen suscriben esas acciones pagando su importe con los RECIBOS DE APORTACION.

5.º La sociedad anónima cambia en el TESORO SOCIAL los RECIBOS DE APORTACION por su importe en metálico.

6.º Establece su negocio y empieza á trabajar.

7.º De los beneficios que obtenga entrega una parte al TESORO SOCIAL.

8.º El TESORO SOCIAL llama á los que tengan RECIBOS DE APORTACION y les devuelve el dinero que entregaron por su hora de trabajo al día.

9.º Las acciones no serán ni heredables ni transmisibles; cuando muera su primitivo poseedor se considerarán caducadas y el reparto de beneficios se hará ampliando los correspondientes al trabajo cuanto disminuya el de acciones.

10. Para el ingreso en la Sociedad tendrá derecho preferente, si es útil para el trabajo, el hijo ó hijos varones ó hembras del difunto accionista.

11. Los hijos de accionistas y obreros que se perfeccionen en el extranjero ó estudien carrera por cuenta del TESORO SOCIAL, tendrán obligación de ingresar en la sociedad anónima de que procedan, si existe en ella cargo de su especialidad, durante un plazo de tres años.

12. Con la desaparición del último accionista queda totalmente socializada la producción y en posibilidad de adoptar la forma más adecuada.

Creemos demostrada la posibilidad de una transformación en beneficio de cuantos trabajan y producen.

(1) Recomendamos la lectura del Capítulo III de Progreso y miseria por Henry George y el XIV de los Problemas sociales del mismo autor que se ocupan de los Efectos de la maquinaria.

Resuelto el problema de PRODUCIR RIQUEZA.

Resuelto el de reparto JUSTO Y EQUITATIVO.

Napoleón para todas aquellas brutalidades guerreras de triste memoria, solo empleó tres cosas: dinero, dinero y dinero.

Nosotros que aspiramos a matar el régimen capitalista, a cambiar el concepto de la propiedad privada de la tierra y a suprimir monopolios y privilegios, no necesitamos emplear más que otras tres cosas:

TRABAJO, TRABAJO Y TRABAJO.

JUAN PEREZ

ADVERTENCIA

Terminando en este número los artículos de Juan Pérez titulados «Para los obreros», solo se aguarda a que llegue dentro de breves días un papel adecuado para empezar a imprimir el folleto.

OTRO ATENTADO

Yendo en su coche en Valencia el conde de Salvatierra, varios desconocidos dispararon sobre él, causándole heridas de las que falleció al día siguiente, matando también a su cuñada y causando gravísimas heridas a su mujer que le acompañaban.

De haber sido el conde el único agredido, su muerte hubiera encontrado ciertas atenuaciones en la opinión, recordando las víctimas que causó ejerciendo el cargo de gobernador en Barcelona.

La agresión a las señoras dió tal carácter de ferocidad al hecho que la opinión lo ha juzgado impresionada por el horror que le ha producido.

MARXISMO PURO

Como mi cerebro viene desde hace tiempo llovido de ideas que oigo calificar hoy de reaccionarias, trato de arrojarlas de él para hacer un hueco donde colocar algunas, sino todas, de las que dan patente de revolucionario perfecto; más todo en vano: no quieren abandonar su morada; y a esto, sin duda, se debe el que al pensar en cuanto ocurre ahora en el mundo no acierte a explicarme las contradicciones y anomalías en que incurren los que se creen llamados a redimirlo borrando todo vestigio del pasado. Citaré a continuación una pequeña parte de esas anomalías y contradicciones.

Quando en plena guerra europea y en riesgo de ser batidas las armas aliadas hizo Rusia una revolución marxista pura según decían los doctores en reivindicaciones y dejó a Francia en desesperado trance, me consolaba yo pensando:

«Verdad es que resulta horrible ver a los franceses debatirse en vano bajo la feroz zarpa teutona y que no es simpático ver a un pueblo abandonar a su aliado en momentos difíciles. Pero, meros mal, que gracias a Rusia se habrán acabado de una vez para siempre las guerras y el espíritu militarista. Así nos lo han prometido los revolucionarios rusos.»

Quando se me decía que los rusos ha-

bían pecado de crueldades matando a la familia imperial sin respetar mujeres, ni niños a pesar de tener ya a todos reducidos a la impotencia, replicaba yo:

«No digo yo que sea un hecho agradable de presenciar ni de conocer. Pero ¿no representaban los muertos la tiranía, la crueldad, un régimen de persecución y muerte? Había que destruir no sólo la planta, sino la semilla. Así ha desaparecido para siempre, en Rusia al menos, la posibilidad de que unos hombres maten a otros por diferencias de opinión o de posición. Así nos lo han prometido los revolucionarios rusos.»

Quando me enteraba que se fusilaba a las gentes por sospechas de burguesía, un poco me repugnaba el procedimiento, pero me rehacía pensando:

«¿Qué se ha de hacer! Qué sea el único modo de que el obrero se emancipe y trabaje sólo las seis o siete horas que puede resistir el organismo humano. (El organismo humano obrero; que cuando no lo es, resiste algunas más.) Así nos lo han prometido los revolucionarios rusos.»

Hoy pasado dos años. Me encuentro con que Rusia celebra una victoria sobre Polonia con la misma insolencia que se han celebrado las victorias siempre, y que Chicherin habla el lenguaje del vencedor a la Liga de las Naciones. Me encuentro con que está restablecida en Rusia la pena de muerte y no formalmente por cierto. Me encuentro con que el obrero ruso trabaja doce o catorce horas; más que trabajaba en los últimos tiempos de los zares. Y me pregunto:

«¿Qué queda de la revolución marxista pura? ¿Para esto merecía la pena de traicionar, matar y perseguir? No; casi no merecía la pena ni de echar al Emperador, por que él como todos sus antecesores perseguía, encarcelaba, destrababa y fusilaba a los que no discrepaban de su opinión.»

Al hacer estas consideraciones, he sentido, con el espanto que es de suponer, apuntar en mi cerebro una idea pesimista: la de que todos los hombres exceptuando algún que otro desequilibrado (el uno por mí a lo sumo) usamos y abusamos siempre que podemos del derecho de la fuerza en beneficio propio, unas veces invocando la legalidad, otras la justicia y algunas el interés y el amor hacia aquellos mismos a quienes explotamos o sacrificamos.

Procuraré que esa idea no germine, aunque juzgo que ha de serme difícil conseguirlo, dado que cada día vienen nuevos ejemplos a justificar ese pesimismo.

LAS VICTIMAS DEL JESUITISMO

Un clérigo tachado de loco es recluido en el Hospital Clínico indebidamente sin que se le haya sometido a ningún tratamiento facultativo después de muchos meses de reclusión.

Hace tiempo que teníamos noticia de una infame maniobra realizada por la Compañía de Jesús contra uno de sus aliados, pero no quisimos darla a la publicidad hasta comprobarla plenamente.

Hemos dicho la Compañía de Jesús, y hemos dicho mal, porque quien persigue al cura jesuita a quien ayudamos es el provincial, secundado por sus instrumentos.

La nueva víctima de los jesuitas mandones, se llama José Puigdevall, y lleva ya muchos meses en el Hospital Clínico, tachado de loco y sin que hasta la fecha se le haya someti-

do a tratamiento alguno relacionado con la enajenación mental, ni creemos que el Clínico sea el sitio más a propósito para curar las enfermedades mentales.

¿Qué interés tiene el provincial en que el padre Puigdevall esté loco?

¿Es que el provincial ha cometido alguna anomalía observada por el padre Puigdevall y se teme que éste la comuniqué a la superioridad y el modo de impedirlo es el de recurrir al viejo procedimiento de declarar loco a quien dice la verdad?

Se sabe que para desesperar al padre Puigdevall, antes de secuestrarlo en el Clínico, se le sometió a la dura prueba de dedicarle a los menesteres más humildes, como se costumbre hacer con los ciegos, con los que se rebelan contra alguna iniquidad.

De la prueba salió triunfante el padre Puigdevall. Sin protestar, sin lamentaciones, con la serenidad y la resignación del que está en el pleno uso de sus facultades psíquicas, el jesuita perseguido paró varios meses limpiando los retretes de la residencia de la calle de Caspe; y porque fracasó la maniobra del provincial, sin duda hubo de apelar a los procedimientos aplicados a otras víctimas de sus superiores para ver si la terrible enfermedad hacía presa en la mente del perseguido, pobre, y de familia sin recursos para amparar al padre Puigdevall, arrancándolo de manos de sus perseguidores.

Y transcurrieron los días, las semanas y los meses sin que el Padre Puigdevall, a pesar de verse recluido en una celda de pago del Hospital Clínico, completamente aislado, se volviese loco de veras, como hubiera ocurrido con el hombre de mayor temple.

Sin embargo, se sabe que existen dictámenes de algunos médicos afirmando la locura del padre José Puigdevall, pero se sabe también que otros médicos, en luminosa información afirman todo lo contrario, y mientras el desdichado jesuita ni está loco ni se le trata como a un cuerdo, continuando en el Hospital Clínico con la facultad concedida hace pocas semanas, de pasar durante algunas horas por la población. Y el Padre Puigdevall, entra y sale del Hospital sin que nadie le haya tomado por loco ni haya cometido ninguna locura.

¿Hasta cuándo ha de durar esta situación para el Padre Puigdevall?

¿Por qué no se tiene el «valor cívico» de recluirlle en un manicomio?

¿Por qué se le ha admitido en el Clínico en calidad de loco, sin haber departamento a propósito para ello?

¿Cuántas visitas facultativas se le han hecho al Padre Puigdevall después de tantos meses, más de ocho, y a qué tratamiento se le ha sometido?

Al doctor Carulla, hombre de ciencia y de conciencia le toca responder de todo lo apuntado, como médico esclarecido y como rector de la Universidad.

Ea cuanto a la Compañía de Jesús, allá ella con sus iniquidades que hemos de recoger, tanto por espíritu de humanidad en favor de sus víctimas, como por deber político, para demostrar los peligrosos procedimientos con los que se sirven para acabar impunemente con los hombres que no son gratos a los jerarcas de la grey jesuitica, peligrosa en todos los tiempos para la libertad y el progreso de los pueblos.

El anterior relato, que transcribo de El Progreso, de Barcelona da una pequeña idea de los horrores que se perpetrar en los conventos donde se adora a Dios, se saquea a los fieles y se atormenta al prójimo.

Sentiría morir, como he dicho varias veces, sin ver fumigados con la piqueta esos tan santos lugares.

Un tronco milagroso

Cargaban los obreros ferroviarios de Utiel una partida de pinos para transportarlos a Valencia, cuando al tirar de uno se le fue encima la pila al director de la maniobra, maderero de la serranía de Cuenca.

La impresión de terror que en sus compañeros produjo es de imaginar. Rápidamente acudieron en su auxilio, y cuál no sería su asombro, al ver que milagrosamente uno de los pinos deslízase en forma tal, que al quedar detenido casi verticalmente, contuvo la avalancha y dejó un hueco, en el cual se hallaba aprisionado, pero sin haber sufrido el más ligero rasguño el pobre maderero.

Ripuesto: todos del susto, y trocándose la emoción de terror por la alegría, felicitabanle de la suerte que había tenido, y el maderero protagonista del suceso, que no se distinguía nunca ciertamente por su fe religiosa, declaraba que le debía la vida a la Virgen del Remedio, Patrona de los utielenses, pues su nombre había invocado al ver tan cerca la muerte.

Momentos después continuaban las cargadores su tarea de trasladar al vagón del tren los troncos de pino. Y ahora viene lo más interesante y portentoso del suceso, según informes de una persona respetable que dice haberlo visto. El árbol le torno al tronco consabido de ser colocado en el vagón, y como sus dimensiones excedieran de las que el Reglamento de ferrocarriles permite, utilizando una sierra, cortósele aproximadamente un metro.

Un movimiento de estopor hizo retroceder a todos los obreros, al ver que en el corte transversal del tronco aparecía la silueta de la Virgen del Remedio, admirablemente recortada y con los detalles más minuciosos. Nadie se explicaba aquel sobrenatural hallazgo, pues aun siendo gentes de poca fe, solo a la intervención de lo sobrenatural lo atribuyen.

Un nuevo corte hecho transversalmente también en el espejo de unos 20 centímetros, puso a la vista de los asombrados obreros exactamente la misma silueta, y apoderándose del tronco de madera el maderero que a la Virgen invocó en su peligro, llevárselo a su casa, y por ella han defilado, no solo el vecindario en masa de Utiel, sino los vecinos de los pueblos limítrofes.

Asegúrase que un rico propietario cosechero de vinos de aquella ciudad ha creído por la imagen del milagro una importante cantidad, que ha sido rechazada por el afortunado propietario de ella, a pesar de que su posición no puede ser más humilde.

Que se ande con ojo el Cristo de Limpias, porque al paso que vamos le van a quitar pronto la parroquia. Ese tronco que cada vez que lo sierran exhibe una fotografía resinosa de la Virgen del Remedio, tiene muchísimo más mérito que sus guiños y bostezos.

¡Lo que se progresa en todo!

Antiguamente los troncos no se propasaban a hacer milagros sino cuando un escultor ó un pastor habilidoso tallaban una imagen en su madera; pero ahora ya se atreven a hacer milagros por su cuenta, que admiran y difunden los alcornoques ambulantes, vulgo clericales.

Y a propósito del tronco de ese pino milagroso ¿qué han hecho de él? ¿Lo confundieron nuevamente con los otros y lo destinarán a poste telegráfico ó travesías del ferrocarril? Sería una profanación que podría traer sobre España desdichas sin cuento. Es preciso averiguar que ha sido de él, no sea que impremeditadamente un carpintero haga de él tapaderas de tinaja ó quien sabe si de retrete.

Respecto al maderero sólo diré que me parece un cucaina de primera al no querer enajenar el pedazo de pino en que aparecieron las dos imágenes de la Virgen. ¡Sin cuartos que le habrá ya producido el dichoso tronquito! Y los

que le producirá, á juzgar por los muchos imbéciles que creen esas paparruchas.

A pesar de lo dicho, declaro sinceramente, que si me enviaran ese tronco, sin impregnarlo de amianto, y lo echase yo en la chimenea y no ardiese, seguiría creyendo lo que creo:

Que las autoridades deberían intervenir en todos estos milagros.

Para sentar las costuras á tanto embaucador como va brotando de algún tiempo acá en esta clásica tierra de negociantes cubiertos con la capa de la fe.

LO CORRIENTE

Entre corgojas mortales y entre angustias infinitas, está un infeliz anciano próximo á acabar sus días.

Sentada junto á su lecho se ve una entidad levítica, que de Cristo entre sus manos tiene la imagen divina, recitando algunas preces con marcada hipocresía. Junto á los dos un notario cumple su misión pasiva, extendiendo el codicilo que el moribundo le dicta, el cual habla en estos términos, con voz apagada y fría:

—«No teniendo más parientes, más deudos ni más familia que seis sobrinos carnales, dos niños y cuatro niñas, que al morir hace dos años se dejó una hermana mía, al disponer de mis bienes sin trabas ni cortapisas y al dictar mi voluntad según la ley me autoriza, nombro por mis herederos á los padres jesuitas.»

Calló el enfermo, firmó, dió principio su agonía, y entre los rezos del padre, que con Dios le recordaban, exhaló su último aliento con la conciencia tranquila. Sus seis sobrinos carnales quedaron en solitaria orfandad, sin más auxilio que la clemencia divina, viéndose desamparados por la notoria injusticia del hermano de su madre, que á la vez que á ellos les priva hasta del propio sustento tan necesario á la vida, satisface la ambición de la nube jesuita.

Casos como este, lector, ocurren todos los días.

A. P.

Denuncia impremeditada

Celebróse uno de estos días un matrimonio en la iglesia de los Angeles.

Terminada la misa, el que la había ayudado le dijo al celebrante que al novio se le había caído al suelo la hostia y que la recogió en un pañuelo tragándose la despiés.

El celebrante se fué con el cuento al párroco; éste se encalabró y corrió desala-

do á la Comisaría del distrito á denunciar el aparente sacrilegio.

El Comisario ordenó la busca y captura de los contrayentes, y la policía dió con ellos en un merendero de los Cuatro Caminos donde estaban festejando la celebración del Santo Sacramento del matrimonio y los detuvo, así como á los padrinos y á los testigos yendo, por fin, todos a parar al Juzgado de guardia.

La cosa no era realmente para tanto, pues aún cuando se califica de sacrilegio el que manos profanas toquen lo que en lenguaje eclesiástico se llama «sagrada forma» el por lo visto impecable ministro del Altísimo debió enterarse de si el acto había sido premeditado ó impensado antes de formular la denuncia.

Y ahora que hablamos de formas sagradas, voy á hacer una pregunta á todos los tonsurados.

¿Se lavan esmeradamente las manos todas las mañanas antes de decir misa? porque pudiera darse el caso de que si en alguna ocasión alguno no lo hiciese, cometiera el horrible sacrilegio de tocar con manos impuras la hostia consagrada, por haberlas aplicado á operaciones que dadas las exigencias inexorables de la vil materia pudieran resultar poco limpias.

En cuyo caso...

¡Si yo fuese cural...

¡Cuántas veces, arrastrado por el torbellino de una existencia ruda y fatigosa; con un pasado triste, un presente equivoco y un porvenir incierto; cansado de luchar y sin fuerzas para resistir; rendido, desanimado; cuántas veces, repito, he dado al viento esta frase con la angustia de la esperanza muerta: ¡Si yo fuese: cural!

Nunca fui envidioso, por impedirme la alta idea que de mí tengo, mas lo declaro irguamente: al contemplar por esas calles á los siervos de Dios, gor os como quien no tiene cuidados y tarquillos como quien para nada se preocupa del mañana, siento en mí algo que si no es envidia se le parece mucho, y llevo hasta encontrar elegante su desairado traje y distinguida su vulgar fisonomía.

¡Ah! Si se naciera dos veces, y la segunda con la experiencia adquirida en la primera, cura y sólo cura sería yo.

Terminada la carrera, para la que no se requieren grandes aptitudes, habría procurado conseguir el curato de un pueblo con monte y río, cielo alegre y aires puros, apartado de las grandes vías de comunicación lo bastante para no verme molestado á menudo con visitas pastorales, y no tan lejos de una ciudad populosa que me impidiera ir á echar una canita al aire de vez en cuando.

Me levantaría con el alba, higiénica costumbre que siempre tuve, y saldría al huerto de la casa cuando el tiempo lo permitiese á respirar el aura embalsamada, ora con el aroma de las primeras flores, ora con el de los primeros frutos, recreando á la vez mi vista en la contemplación, según las épocas, del almendro, el cerezo ó el granado en flor en el momento de iluminar su follaje el primer beso que el sol les diera al desprenderse de los brazos de la casta aurora.

Después, y á eso de las ocho en verano y á las nueve en invierno, me trasladaría al templo, situado á pocos pasos, para decir misa á los fieles y exhortarlos á la práctica de todas las virtudes que no estuviesen reñidas con mi influencia y bienestar, y

me retiraría luego á mi casita, donde ya me tendría preparado un sano almuerzo la graciosa joven dedicada á mi cuidado, el que me serviría con movimientos de cervatilla y gorjeos de amorina.

Aparte los días que, escopeta al hombro, saliera por aquellos cerros en demanda del conejo, la perdiz, la codorniz, la chocha y otros animalitos creados expresamente para distracción y alimento del hombre, y más aún del cura, dormiría al terminar el reparador almuerzo una siesta de un par de horas, á fin de encontrarme ágil y bien templado para las visitas que haría á mis feligreses antes de dar un higiénico paseo.

Algunas noches iría un rato de tertulia á casa del boticario ó del alcalde, pero las más vendrían ellos á la mía; y hoy jugando al tresillo, mañana haciendo una ligera colación, pasado oyendo algo de música, aguardaría á las diez y media ó las once, hora en que invariablemente me recogería.

Para las faenas un tanto molestas del oficio, rezar rosarios improductivos, celebrar novenas baratas, administrar el bautismo á los pobres, el viático y la extremaunción, tendría un economo de alguna edad, que no pudiera en ningún caso desbaratarme plan alguno, y al que encomendaría también la lidia de las beats andrajosas y viejas, las que más dan que hacer en el confesonario sin provecho ninguno para el cuerpo ni para el bolsillo.

En los días que dedicaría á la confesión mi trabajo aumentaría un poco, mas lo llevaría con paciencia por las ventajas que el acto me traería. Por saber lo que cada cual hacía en el pueblo, y lo que deseaba, y lo que pensaba, sufriría con gusto aquella pequeña molestia.

Esto de la confesión, sin embargo, me habría preocupado un poco. Tener allí, á mis pies, arrodillada una mujer hermosa, percibiendo las notas más apagadas de su aliento entre los sollozos y suspiros que la revelación de toda culpa arranca; excitar la á que entrase en detalles íntimos para poder apreciar la intensidad de la culpa y aplicarle la penitencia sin lenidad, pero también sin exceso; todo esto lo repito, me habría preocupado un poco. Mas no estando en mi mano variar la flaca naturaleza humana, procuraría no caer diariamente más que las siete veces que se le conceden al justo, que ya son bastantes, y con esto acallaría los escrúpulos de mi quisquillosa conciencia.

Si la hermosa compañera de mi soledad, por rendir tributo á la ley de la procreación tuviese algún amor so descuidillo, yo, haciendo uso de la facultad de perdonar los pecados que me fué conferida en la ordenación, derramaría sobre su llagado pecho el bálsamo del consuelo, y sus hijos parecerían también míos por el cariño y solicitud con que los atendería.

Y como entonces no se hubiera publicado EL MOTIN, viviría feliz y satisfecho haciendo alguna que otra obra de caridad, para que los hombres pudieran decir con razón que les ayudaba, las mujeres que las consolaba, y los niños me dieran el dulce nombre de padre.

Y de este modo vería llegar sin sobresaltos mi última hora, bendiciendo á la Providencia por haberme inspirado la buena idea de cantar misa para sustraerme á la condena terrible de trabajo forzado fulminada en el Parnaso contra el hombre, sin que el ser cura me hubiera impedido gozar de ninguno de los placeres que nacieron de la simpática, hermosa y necesaria primera desobediencia.

Y cuando mi última hora llegase, ¡con qué beatífica sonrisa me despediría de los imbéciles que me habían dado dinero constante y sonante á cambio de letras falsas sobre el Purgatorio, y cómo bendeciría la hora en que se me ocurrió acogerme á sagrado! Con seguridad que si algún sér querido, del mismo sexo que yo, estaba en aquel instante cerca de mí, esta sería la última recomendación que le hiciese, con voz ya vacilante y apagada: «¡Haz... te... cu... ral... ¡Haz... te... cu... ral...»—J. N.

La llave milagrosa

Infinidad de señoras, en lujosos carruajes, acuden á los conventos á visitar á los frailes; pues tienen los reverendos una milagrosa llave con la que todas las puertas que dan al cielo se abren... Cuando la fe predomina y corre el oro abundante, del bolsillo de las damas á la bolsa de los padres.

MILHOJAS

Privilegios de la Iglesia

(CONTINUACION)

to de Carlos el Temerario es de 1465. Tres veces por aquel tiempo, en 1487, en 1440 y en 1490 devastó el hambre al país. Los jornales bajaron á lo increíble en 1588. Flaques y el Hinnat sufrieron grandes miserias. El hijo del pueblo ganaba de 48 á 18 reales por año para toda su familia; los hijos del Cielo tenían diez veces más de renta.

¡Riqueza y miseria! Tales es la eterna conclusión. La historia ha revelado los excesos que produjeron la Revolución del siglo XVI. Los ricos abades dejan sin curas las parroquias pobres ó malsanas, haciendo desempeñar otras con rebaja, y viven en la opulencia.

El mismo Felipe II se subleva contra los excesos de comida y bebida y escándalos de los frailes (1).

No se pagaba á los soldados españoles y estos devastaban el país. La pequeña ciudad de Léan puede dar una idea de la situación de las provincias belgas. En 1581 no quedan en ella más que setenta familias, incluyendo los pobres: los habitantes suplican al gobernador general que les permita abandonar la población (2). En 1594 las familias quedan reducidas á treinta: sólo el convento está libre de alojamiento militares: el gobernador manda que se abra á las tropas hambrientas. Pero el abad cree que está en el caso de reclamar: los soldados escandalizan á los jóvenes religiosos! El magistrado municipal había manifestado que los frailes vivían en la abundancia y que hasta hacían vender trigo en Saint Tronch con perjuicio de la ciudad (3).

El siglo XVII vió la restauración de la Iglesia sobre las ruinas del país. Los venedores no tenían que guardar comedimiento; recogieron todos sus bienes y los aumentaron con los bienes confiscados á los herejes ó abandonados por las víctimas de la guerra; las órdenes exstentes triunfaban; las antiguas órdenes, caídas en el olvido, resobraban una nueva juventud (4). Alberto é Isabel agotaban al país para enriquecer á los frailes; uno de sus panegiristas asegura que en los treinta años de su reinado se formaron en Bélgica más establecimientos religiosos que

Mientras los maristas de Burgos reformaban el local donde tienen su escuela, el presidente y la Junta directiva del Círculo Republicano les cedieron el hermoso Salón de Actos y cuantas dependencias y comodidades les hicieran falta, para que no se interrumpieran las clases.

Me reservo para aplaudir este rasgo de tolerancia y amor á la enseñanza religiosa, el día que veamos á los frailes hacer algo parecido cuando haya que reformar una escuela laica.

El párroco de Luarda, aconsejó en el templo á sus feligreses que no comprasen *El Despertar del Obrero* y que los diez céntimos que habían de gastar en él los reservasen para mandárselo al Papa.

Recomiendo á los que piensen seguir su consejo que no elijan por intermediario á ese párroco para enviar el dinero.

Cuando se piensa tan mezquinamente, el hombre, y más aun el cura, es capaz de todo.

El párroco de la iglesia de San Cosme (Burgos) tiene de los rezos la misma idea que yo: que no sirven para nada. Sólo así se explica que no fuera á echar un responso á una señora cuya familia le avisó de su fallecimiento.

Aunque también pudiera explicarse, porque esa familia era pobre y no tenía él esperanzas de cobrar un perro chico.

Mi aplauso á ese párroco que me supera en lo de contribuir al desprestigio del catolicismo.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Los amigos de Santoña por los meses de Junio y Julio, 200 pesetas. Silvino Rodríguez, Tuilla, 1'15; Joaquín Fernández Paredes, Sama de Langreo, 20; Lorenzo Cabeza, La Felguera, 1.

Correspondencia Administrativa

Pontevedra.—Celestino Poza. Renovada su suscripción hasta fin Julio 1921.

El Cúspido.—Benjamín y Gabriel B. 6. 11. á fin Octubre 1920.

Noguerones de Alcadete.—Julian González Id. á fin Junio 1920 y hecho el traslado á Cabra.

Fuenmayor.—D. Mariana Llorente. Recibido su Giro de 200 pesetas á cuenta.

Logroño.—Sra. Viuda de Zabala. Id. de 2'70. Conforme.

Utrera.—Enriqueta González. Id. de 3'90 á cuenta.

Calañas.—Martín García Pintor. Id. de 11'35 á cuenta.

Burriana.—Francisco Arrando. Id. de 13'80. Conforme.

Godall.—Círculo Fraternidad Republicana. Id. de 10 á cuenta.

Sama de Langreo.—Valentin Ochua. Idem de 38. Conforme y gracias.

Santa Cruz de la Palma.—Antonio Santiago Casañas. Id. de 52'50. Conforme y gracias.

Santander.—Eduardo Gareta. Id. de 7'20 á cuenta.

Olivenza.—Eduardo Fernández. Id. de 49. Espero carta.

Más de las Matas.—Comité Unión Republicana. Id. de 9. Gracias.

Imp. «Genérica», San Leonardo, 8.